

Ciudades y cultura

Iñaki Azkuna



Palacio de Congresos Euskalduna, Bilbao.

Diversidad urbana

En el avance del programa que me envió la Fundación Kreanta titulado *El impacto de la cultura en el territorio y la economía de las ciudades* pone lo siguiente: “vivimos en tiempos inciertos: la crisis de los modelos tradicionales para hacer frente a las secuelas negativas de una recesión económica global pone de manifiesto la necesidad de buscar nuevas soluciones y propuestas que permitan corregir los desequilibrios que afecten negativamente a los ciudadanos. Ya nada podrá ser igual. Así la falta de respuesta de los arquetipos existentes ha dado paso a una creciente relevancia de la realidad urbana local como eje de nuevas oportunidades en donde la cultura, en su sentido más amplio, asume un papel crucial. El reconocimiento de la diversidad del contexto urbano, del particular conglomerado de agentes en cada territorio y de la riqueza de la mul-

tiplicidad cultural, contribuye a hacer de las ciudades, espacios diversos de convivencia y de innovación. Y se hace dos preguntas: ¿Qué factores hacen de la ciudad el espacio adecuado para resolver los retos actuales? ¿Cómo favorece el mundo local la generalización de la cultura?”

Habría que empezar por definir la cultura o dicho de otra manera poner ciertos límites al vocablo puesto que siendo un poco vulgar, algunos a cualquier cosa le llaman cultura. ¿El ocio es cultura y el deporte? Seguro que inmediatamente nos ponemos de acuerdo en la cultura literaria, el teatro, los museos y un largo etc..Pero, ¿y el mundo de las nuevas tecnologías por ejemplo? Hay quien, intransigente, no aceptaba la música de Bartok ni la pintura de Picasso y recuerden cómo se equivocaron los críticos que condenaron al impresionismo a la nada. ¿Y el arte povera no es cultura?

Por eso voy a citar la frase de Jacques Duhamel para huir de esta discusión “*La cultura es aquello que hace que un día de trabajo se transforma en una jornada de vida*” claro que esta definición podría servir para multitud de asuntos y situaciones. Pero voy a rizar el rizo. Tomás Marco en la Revista Melómano (Julio-Agosto 2011), señala el lugar de la música en nuestro entorno. En España la gente que se autoproclama culta puede ser perfectamente analfabeta en música y no solo no darle vergüenza, sino hasta alardear de ello. Meter a la música en el campo de la cultura nunca ha sido fácil en un país donde desde el siglo XIX cultura ha equivalido casi exclusivamente a literatura. Existía además el arte, que dudosamente formaba parte de la cultura, pero que finalmente ha acabado equivaliendo a arte plástica. Aquí cuando se habla de arte es de eso de lo que se está hablando y la música tampoco tiene ahí cabida. Y continúa: “A quien lo anterior le parezca exagerado le recordaré que durante la I República don Emilio Castelar, que quería crear una sección de música en la Real Academia de Bellas Artes, preguntó a la docta institución su parecer. Los arquitectos, pintores y escultores de la misma, dijeron que no. Menos mal que don Emilio tiró de decretazo. Como ven, nos movemos en terrero movedizo.

Me parece mucho más interesante adentrarme en la pregunta del programa o en el aspecto del acceso a la cultura porque naturalmente no todo el mundo tiene las mismas oportunidades. En una encuesta que hicimos hace años en Bilbao sobre el acceso de la ciudadanía al Teatro Arriaga, teatro municipal centenario, nos sorprendió la respuesta. Al Teatro Arriaga accedíamos siempre los

mismos con alguna variación entre los espectadores, pongo por caso de *El Alcalde de Zalamea* o de los que accedían a oír cantar a Joan Manuel Serrat. Lo que era cierto es que había un porcentaje fijo y elevado de población que nunca había accedido al teatro municipal. Prácticamente asisten el doble de mujeres que hombres, el 57% eran universitarios y el 16% tenían Formación Profesional. Solo el 1% de los asistentes no tenía estudios. El 52% eran asalariados, el 15% jubilados, el 9% tenían una profesión liberal y el 8% eran estudiantes. Los espectáculos de mayor interés: la zarzuela (47%), la ópera (45%), la música clásica (38%), la danza (38%), los musicales (35%), la música moderna (25%) y el teatro (24%).

Por tanto, las oportunidades son mayores en función de la renta y de la formación general y cultural. La cultura la utilizamos los más cultos, eruditos, los mejor informados, y los que menos, los más ignorantes. Triste información que nos hizo crear ciertos programas para atraer la atención de esta parte de la ciudadanía. Mi conclusión, no obstante, es que la cultura, los actos culturales hay que ligarlos a una educación general. Cuanto mayor sea ésta, más posibilidades de asistencia a la cultura de la ciudad, cuyos actos irán empapando los huesos y el espíritu de la gran mayoría. No hay cultura ni interés en el acceso a la cultura sin formación. Lo más importante es crear el interés, pero éste debe fomentarse desde la escuela de párvulos. Muchos somos autodidactas de la pintura, pero cuánto hubiéramos agradecido a nuestro profesor de historia o de arte si nos hubiera acostumbrado a visitar y a conocer los museos.

En segundo lugar, ¿cómo favorece el mundo local la generalización de la cul-

tura? Con todas las imperfecciones que acabo de señalar, la ciudad es el mejor receptáculo que existe para generalizar la cultura. Escojamos un país centralista como es Francia y recojamos algunas cosas que se dijeron en el cincuenta aniversario de la creación del Ministerio de Cultura, es decir, del Ministerio Malraux, aquel político polifacético que pasó por nuestra guerra civil y apostó por su amigo, el general De Gaulle. Desde la época en que el Estado era el garante de la cultura, de arriba abajo, si así se puede hablar, de la conservación del patrimonio o de la creación artística y su transmisión hasta la evolución paulatina al protagonismo de las colectividades locales —como reconocía el Ministro Mitterrand (Frederic)—.

Reconocía el Ministro el camino recorrido en los últimos cincuenta años: no hay una ciudad que no posea sus teatros, sus museos, su mediateca y sus equipos artísticos que trabajan y crean. Y decía el Ministro que una de sus acciones más importantes es la transmisión del saber, que reposa sobre muchos tipos de políticas, pero la más elocuente es seguramente la puesta a punto de una educación artística y cultural en la escuela. ¿Y donde están los museos, y las escuelas? En la ciudad, naturalmente. Por tanto, si importante es la conservación del patrimonio —y ahí todas las administraciones tenemos competencias y muchas obligaciones— reconocamos que el futuro mayor de la cultura está en las escuelas. Los recursos económicos son importantes, y de ello hablaremos pronto, pero la educación escolar en arte y cultura fundamental. Crear el interés y la sensibilidad en el párvulo y el adolescente, es tema prioritario de cualquier país que se precie.

Y si hicieran un examen a nuestra juventud en este sentido, saldríamos malparados. Hay quien preconiza incluso no una “cultura para todos sino una cultura para cada uno”. No se trata de impedir el acceso a la cultura sino de expresar la sensibilidad diferente de cada ser humano. Sería extraordinario si se pudiera, con una especie de menú a la carta, pero en realidad eso se consigue cuando se ha sobrepasado cierto nivel. Por eso es fundamental adquirir de joven ese nivel básico que te permite dirigirte a lo selecto, y eso sólo se puede conseguir en una sociedad civilizada, altamente sensibilizada por conseguir una atmósfera cultural cualificada. La enseñanza de las artes, humanidades, actividades multimedia, la asistencia a museos y los viajes, ayudan por un lado al aprendizaje generador que promueve las diferentes ideas y maneras de hacer, la multitud de intereses y necesidades, señala Elisabet Guillemat¹. El aprendizaje generador contribuye a desarrollar las capacidades críticas para evitar la uniformidad de respuestas y juicios estereotipados, a adaptarse a un entorno social diversificado culturalmente y a responder a los retos del diálogo intercultural. La escuela nos ha de permitir —señala Guillemat— pues, a adquirir competencias interculturales que nos ayuden a convivir con nuestras diferencias y no a pesar de estas. Los talibanes que destrozaron las estatuas, los nazis que quemaron los libros o los cristianos que quemaron y destrozaron la biblioteca de Alejandría en la película *Ágora* de Amenabar, dudo mucho que tuvieran un espíritu convenientemente prepara-

¹ Véase Ciudades Creativas Volumen 2, pp 105-110.



Museo Guggenheim, Bilbao.

do para lo que estoy diciendo aunque el manipulador Goebbels hiciera cantar a sus hijos al maestro Bach. Sería la mentira del impostor capaz de escuchar a Wagner y asesinar a miles de judíos. La psico-patología está llena de gestos así.

En tercer lugar, la cultura es de las disciplinas que mejor resiste las crisis económicas. Lo dice el mismo Mitterrand. Yo diría algo más. La cultura tiene un componente económico importante y puede, en algunos casos, ser un revulsivo contra la crisis. Pondré algún ejemplo testimonio de diferentes épocas de crisis y de una verdadera transformación de la ciudad. Ahora, además del espíritu y la educación, hablaremos de dinero, de intereses, de pasiones contrapuestas y de riesgo. Todo ello estuvo presente en la concepción, desarrollo y construcción del Museo Guggenheim de Bilbao. La construcción de ese museo, representa no solamente el elemento más simbólico y el más característico de la apuesta de Bilbao frente a su futuro, sino que ha contribuido en gran parte a nuestra proyección internacional.

Museo Guggenheim

La elección de Bilbao como sede europea del prestigioso Museo Guggenheim de Nueva York supuso convencer a la Fundación de que nuestro programa era serio y totalmente viable. Pero el mayor problema fue el profundo rechazo que el proyecto suscitó en la sociedad bilbaína que no comprendió que se invirtieran recursos tan importantes en la construcción de un museo. En definitiva, la opinión pública no comprendió que con el proyecto del museo que realizaban las instituciones vascas, además del componente cultural, intentaban introducir un componente económico, es decir, que la cultura debería pasar de mirarse como un gasto para ser considerada como una inversión futura. En este clima de oposición, donde se decía que éramos los más tontos de Europa por haber aceptado lo que nadie quería, que promovíamos la cultura coca-cola y el imperialismo americano. La realidad es que esta apuesta ha sobrepasado, y con mucho, nuestros mejores esperanzas. Las cifras que les voy a dar es la mejor prueba. Su

éxito ha transformado el clima de opinión adverso que he descrito.

Así, recordaré que el estudio de viabilidad que se realizó había estimado como necesarios 400.000 visitantes anuales para justificar la inversión prevista de 132 millones de euros. Dudamos mucho con conseguir esta cifra y contra todo pronóstico, la hemos multiplicado por tres durante el primer año, obteniendo 1.360.000 visitantes. La cifra media estimada hoy en día para el museo es de un millón de visitantes por año.

Los resultados económicos obtenidos son elocuentes. Un estudio fue realizado por la KPMG Peat Marwick sobre un modelo económico. Los principales resultados son los siguientes:

Durante el primer año, el museo recibió 1.360.000 visitantes y en el segundo 1.265.000. Entre ellos, la mayoría vino a Bilbao exclusivamente para ver el museo o, habiendo venido por otros motivos, han prolongado su estancia para visitarlo. Los gastos directos que estos visitantes han realizado en Euskadi en estos períodos suponen 433 millones de euros. Así los podemos clasificar según los sectores afectados:

Más de 63 millones en restaurantes, bares y cafeterías durante el primer año y casi 84 en el segundo. Más de 48 y 60 millones para las tiendas y comercios. Más de 39 millones para los hoteles, las pensiones y otro tipo de alojamiento en el primer periodo de este análisis y 56 en el segundo.

Más de 10,80 millones para el transporte (gasolina, peajes, etc...) durante el primer periodo y 13,80 en el segundo.

Más de 10 millones para el propio museo (entradas, restaurante, tienda) en el primer año y más de 12 en el segundo. Este gasto relacionado o dependiente

del museo ha supuesto la generación de valor añadido y riqueza en la economía del País Vasco que supone más de 337 millones del PIB para los dos primeros años.

Por otro lado, este aumento de riqueza ha supuesto una renta adicional para el tesoro público vasco calculado en 63 millones en concepto de IVA, impuesto de sociedades e IRPF (27 millones el primer año y 36 el segundo).

El aumento del PIB del primer año (144 millones de euros) prueba que la sociedad vasca ha recuperado en un año la inversión total efectuada. Si hacemos el análisis desde el punto de vista de la Administración, los impuestos generados recuperaron en tres años la inversión pública destinada a la construcción del museo y en poco menos de cuatro años el total de la inversión. Si consideramos otros factores, como la inversión publicitaria que ha supuesto para la villa, si contamos los artículos y reportajes en revistas y televisión en el mundo entero, veremos la importancia del museo en todos los órdenes.

Hay otros beneficios más intangibles pero no por ello menos importantes. Por ejemplo, la recuperación de la estima de la sociedad bilbaína que ha vivido momentos difíciles con la crisis industrial de los años 80 y los índices de paro que tuvimos que soportar (24%). La transformación de Bilbao, y en concreto el museo, supusieron una inflexión en el proceso de declive a que nos vimos abocados.

En conclusión, podemos confirmar que la operación Guggenheim supuso una inversión y no un gasto, y que una inversión cultural puede ayudar a generar recursos y puestos de trabajo que antes obteníamos con la industria tra-



Fachada de La Alhóndiga, Bilbao.

dicional. La aparición del Guggenheim y su éxito de visitantes nos hizo mirar también al viejo Museo de Bellas Artes, el de toda la vida de Bilbao. Pues bien, el Museo de vanguardia consiguió que las instituciones financiáramos la ampliación del Bellas Artes, poseedor de una de las mejores colecciones de España.

Transformación urbanística

Siendo el Guggenheim nuestro icono internacional no es menos cierto que otros elementos han venido a coadyuvar en la transformación urbanística y cultural como el Palacio Euskalduna, palacio de congresos y auditorios, sede la Orquesta Sinfónica de Bilbao y también sede de la ABAO, institución privada que gestiona la temporada de ópera de Bilbao. Aprovechando los buenos años fiscales entre la crisis industrial y la actual, el Ayuntamiento ha llevado a cabo dos importantes iniciativas culturales: En primer lugar la recuperación, en colaboración con la Sociedad General de Autores, del Teatro Campos Elíseos y en segundo lugar, la reconstrucción de la vieja Alhóndiga de

vinos, un edificio construido en el XIX y principios del XX por el arquitecto Ricardo Bastida. Edificio de 43.000 m² de superficie que Philippe Starck ha transformado en un punto de encuentro con un hall espectacular y en donde tienen cabida zonas deportivas, salas de exposiciones y una mediateca que se une a las construidas en Bilbao en los últimos años por la Universidad de Deusto, obra de Moneo, y la Biblioteca foral, obra de IMB Studio. Con decir que la Alhóndiga desde su inauguración en 2010 ha tenido dos millones de visitantes, nos da la magnitud de la apuesta municipal.

De todos modos, la ciudad tiene grandes posibilidades de poseer una buena oferta cultural variada. A esto hay que añadir una palabra que está de moda en la actualidad en otras disciplinas y problemas mundiales, como es la sostenibilidad. Una ciudad tiene que intentar conseguir una oferta cultural sostenible. Sostenible en el tiempo, en la variedad y en el gasto corriente. No hacemos nada con el gran museo si carecemos de otro tipo de oferta cultural, no hace-

mos nada si en el tiempo no podemos sufragarlo. Por eso, la colaboración interinstitucional es tan importante, tanto como la colaboración público-privada. En Bilbao la temporada de ópera está gestionada y fue creada por la ABAO, La Asociación Bilbaina de Amigos de la Opera, hace 60 años. Quiere decir que la próxima temporada, que comenzará en septiembre, será la 60, y 60 años para una asociación privada es todo un éxito, aún reconociendo que recibe ayudas públicas y de empresas privadas. Llenar el Palacio de la Música Euskalduna, cuatro veces cada representación (2.200 x 4 = 8.800 personas) es un éxito. En cantidad y calidad, y sobre todo, haber conseguido que en un *hinterland* importante, los aficionados acudan regularmente a los diferentes títulos operísticos. Sesenta años con los cantantes más grandes, con un repertorio digno de los mejores festivales, en una sociedad privada que pivotó sobre un grupo de aficionados, es algo envidiable y un ejemplo de cómo la sociedad civil puede colaborar en la

creación artística de una ciudad y de una región.

En la ciudad creativa tiene cabida la transformación urbana, el diseño y la cultura. Juntos forman un eje fundamental para cambiar y renovar una ciudad, antaño “*fea y sucia*” en palabras de Hemingway y ahora limpia, transparente y con una oferta cultural cada vez más importante. En esas estamos.

Termino con la respuesta que da el Director del Museo de El Prado a la pregunta ¿y economía y cultura? ¿Tienen que ir unidas?² “*No hay que separar la cultura de la economía, formamos parte del país. No se puede olvidar que el arte vive en un mundo real donde ejerce influencia. Y esa influencia tiene un impacto en el ámbito económico que hay que cultivar y cuidar. Además, de cara al futuro, cada vez va a ser más importante. Ahora que las cosas se ponen difíciles de verdad, es una extraordinaria baza competitiva que tenemos para estar y salir al mundo y para seguir mostrando la pujanza de nuestra sociedad.*”

² Véase DEIA, 26 de junio de 2011.